

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# EL SUBTERRANEO DEL ORO DEL DUELO EN LAS TINIEBLAS



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

SEGUNDA SERIE.—DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS

---

# El subterráneo del Oro

ó

## EL DUELO EN LAS TIÑIEBLAS

POR

HERIBERTO FRIAS

---

*Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.*

---

MÉXICO

Maucci Hermanos —Primera del Relox, 1

1899



## EL SUBTERRÁNEO DEL ORO

¡Escuchad, amiguitos, la leyenda del subterráneo de los tesoros de *Axayacatl*...! ¡Escuchad!

Este relato tan hermoso y fantástico le refieren con gran pompa los indómitos ancianos aztecas que sobrevivieron á las matanzas de la conquista. Los papeles, de fibra de maguey en que fueron trazados se han perdido; pero la fábula de los sucesos fué recogida por otros ancianos y dice así: ¡El subterráneo estaba obscuro!...

Las paredes construídas con piedras verdes que alternaban con tezontles, rojizos apenas dejaban ver sus terribles ídolos de negras rocas... ¡Pero qué rocas aquellas!... ¡Parecían los ídolos de la Muerte!... ¡Eran ídolos horrorosísimos incrustados en los muros de aquellos siniestros subterráneos... ¡Eran, amigos míos, como galerías que condujeran á las horrendas mansiones de un espantoso infierno!... ¡Cuántos corredores, cuántas escalerillas, cuántos pasillos!...

Y había á través de los pasillos, de las salas,

de los corredores y de las plataformas, viejas columnatas ó pilastras negras; y había sobre aquellas columnatas ó pilastras, medias esferas, medios conos, medias pirámides... y sobre esto se erguían las estatuas horrendas de antiguos dioses...!

Aparecían de dos en dos las siniestras divinidades negras..... Y á la claridad de un leño de *ocotl* veíanse más tétricas... ¿que aquellos ídolos que se escalonaban como en un desfile mágico iban á ser los que formaban la guardia de honor?.....

¿Por qué en medio de tanta negrura, allá en los subterráneos de los cadáveres, se instalaban los ídolos de los dioses negros?.....

¡Cuán siniestra la galería subterránea del viejo alcázar de Axayacatl. ¡Y qué terrible era la historia de este palacio!...

Los antiguos y más venerables adivinos de la época de Moctecuhzoma *Ilhuicamina* arrojaron florecillas rojas cerca de sus fases... ¡bailaron las danzas sagradas las hijas de los nobles de aquella época y más tarde los sacerdotes pronunciaron las palabras de las profecías poderosas!.....

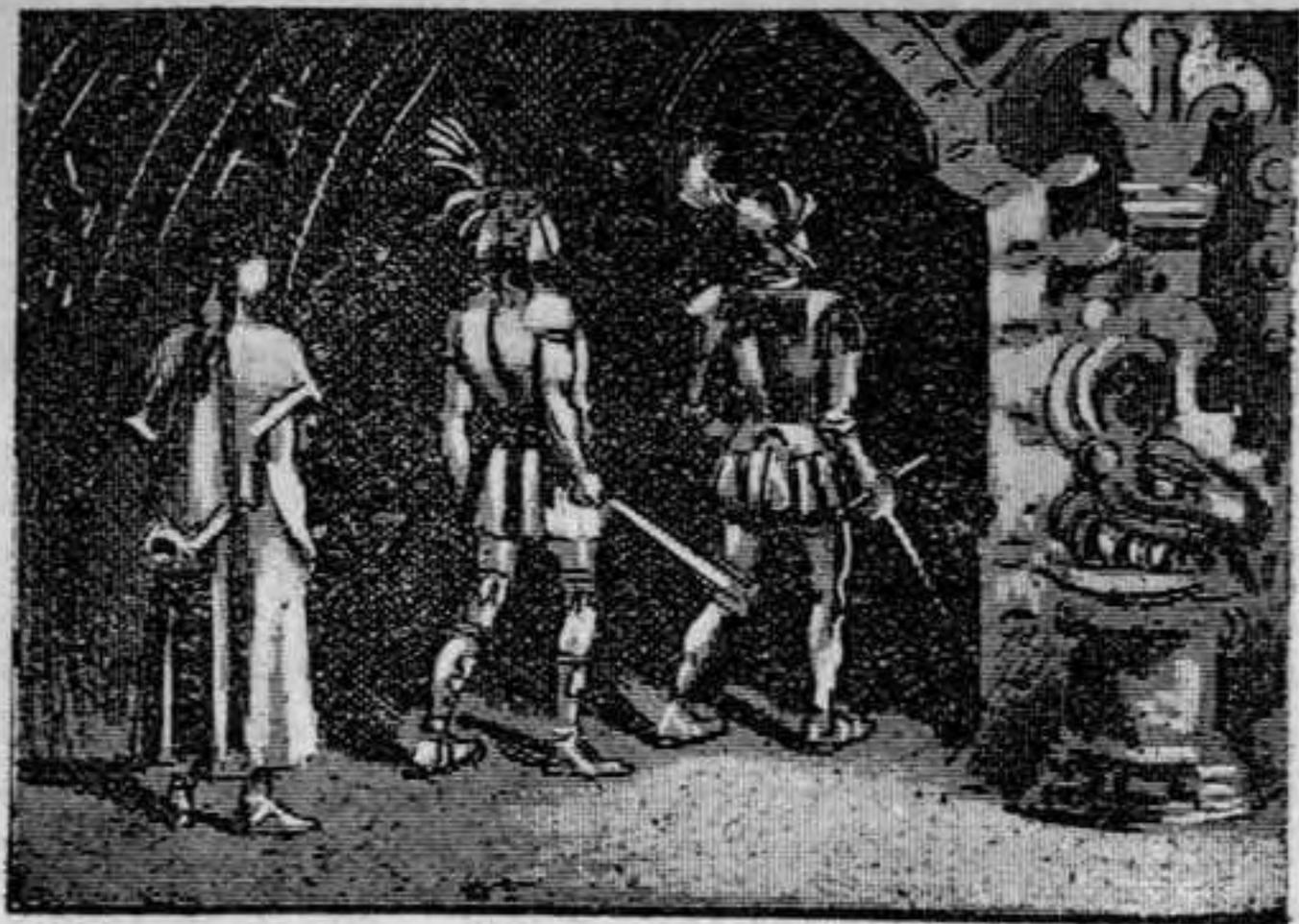
¡Oh siniestras, oh terribles galerías del Palacio del *Axayacatl* magnífico!...

¿Qué iba á pasar en tus misteriosos subterráneos?... ¿Hasta dónde llegaría la audacia del intrépido español Hernán Cortés?.....

— ¡Pasa! ¡Pasa! Sigue adelante, orgulloso cau-

dillo, *techuhtli* de los seres blancos..... ¡pasa! Yo, te sigo. ¡No temas!

Esas fueron las palabras que pronunció una voz misteriosa en idioma *Axayacatl*, mientras la *Malinche* ó Marina se las traducía al castellano.



¡Pero qué temblor era el que sacudía poderosamente el cuerpo todo de la infeliz esclava, sujeta á servir para entregar á los unos con los otros!

Entonces Hernán Cortés desenvainó lenta, muy lentamente su espada ... ¡la hoja de acero brilló como un relámpago...! Y la empuñadura de

su acero también demostró el brillo de sus piedras que muy ricas de un precio exorbitante demostraron ser..... Cortés, desconfiado se preparaba á las sorpresas, espada en mano. Cuahutemoc lo seguia y tras ellos iba la Malinche.

—¡En el nombre de Dios <sup>\* \* \*</sup> entro á la mansión de los antiguos reyes y señores aztecas!...

Así exclamó el guerrero español, pasando al fin, después de haber apartado las viguetas finísimas y que formaban la puerta y de hacer hacia un lado la piel de tigre que servía de espléndido y magnífico cortinaje.....

Cayeron en la sombra los muros de gruesos cantos de *tezontle*, mármol pizarra, onix y alabastro y chiluca!... Cayeron en las tinieblas los muros soberbios que parecian cubrir la puerta..... y por fin apareció tras el cortinaje de pieles de tigre. . ¡tan hermosas que eran!..... al fin apareció el corredor sombrío de la mansión del «*genio de Ono!*»

¿Qué es lo que refieren las crónicas de pergaminos españoles ó de viles papeles de hojas de maguey acerca de aquel descubrimiento de los tesoros de *Axayacatl* en su propio palacio..... oh sí..... allí donde por fin brotó la ambición?

¡Bien se adivina en qué está el misterio solemne de estos acontecimientos que los mismos conquistadores trataron de ocultar á todo trance!

¿Y sabéis por qué, amiguitos míos?

¿Sabéis por qué tanto misterio aun en lo más sencillo?... Sabéis por qué siempre calla la Historia enmudecida... y apenas se atreve á cantar la leyenda? ¿Sabéis por qué?.....

He aquí la unión, la sola frase que puede contestar á todo; las palabras que resuelven prontamente todo:—¡EL ORO! ¡EL ORO!

\* \* \*

Oh sí, amigos míos, esas solas frases resumen las ambiciones de los conquistadores preparándose á proseguir la conquista.... ¡Oro!...

Oh... sí... Mágica y portentosa era la frase, ¡como que encerraba un mundo magnífico y anunciaba pueblos encantados y maravillas encantadoras!... oh! sí... la grandiosa y nobilísima palabra era para conjurar todas las tempestades de la vida... ¡Oro!... ¡Oro!

¿Y sin embargo, por qué al pronunciar las palabras mágicas no se abrió el segundo cortinaje?...

El primero que era de piel de tigre se apartó como por milagro... el segundo, el que iba á acabar de descubrir los prodigios de las siniestras galerías era esplendidamente formado por plumajes de águilas soberbias y grandes... Ya se hallaba en el fondo del sombrío corredor por donde avanzaban los tres.

¡Qué maravillosos, qué supremos y magníficos eran aquellos *mamparones* revestidos con plumas de colibrí, águila y avecillas preciosísimas y muy

delicadas, con cordoncillos de oro y filigranas de donde pendían borlas de rubíes y perlas!...

¡Aquellas mamparas guarnecidas de plumajes de águilas, con clavos de oro, incrustaciones de ópalos, perlas, onix, rubíes y esmeraldas, eran como las alas de una misteriosa ave! Sin embargo, estaba prohibido tocar aquellos prodigios.

¡Ay de quien tocara aquellas alas! ¡Ay del que profanara el recinto... El que tal hiciera tendría que llegar hasta el interior de aquellas profundidades, y al llegar a ellas, debería ser proclamado poderoso *tecuhtli* de la nación mexicana... Tendría que salir vestido con la armadura soberbia de *Acanapitrin* y con el casco de águila del bueno y amable rey *Axayacatl*!...

—¡Y si no vuelves así de bueno y soberbio será porque habrás de conquistar el reino del *Anahuac*! ¡Acuérdate de mí!... ¡Soy la mujer que vela por tu suerte... y te quiere!...

Hernán Cortés que era el que iba avanzando por las galerías siniestras y era el que por fin había arrebatado los primeros cortinajes... ¡haciendo pedazos casi el de tigre!... y que se había detenido ante aquel de águila... vaciló otra vez escuchando aquello...

—¡Habladme de nuevo!... Hablad de nuevo fantasmas... Yo estoy decidido á todo... Iré hasta encontrar lo que se necesita para la gloria mía... lo que forme mi mejor tesoro... ¡Oh sí... mi me-

jor tesoro!... ¡Cosa singular apenas pronunció estas palabras. Cortés cuando allá á lo lejos repitieron los ecos estas contestaciones iguales, fantástica y trágicas! Esta, esta, esta fué la palabra que multiplicaron las lejanías.

—¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!... Todo era misterio en aquellos subterráneos... ¿Marina había pronunciado aquellas frases ó era el azteca que le había revelado el secreto de la existencia de los los tesoros? ¡Misterio!

—Pues bien... ¿Decís que quiero oro? exclamó Cortés. Bien; ¡eso quiero, para abrir tremenda campaña, contra los que adoran á los ídolos!... Yo vengo á reponer las excelsitudes de los viejos emperadores!... ¡Paso!... ¡Paso! ¡Soy Hernán Cortés y nada me detiene!... ¡Abridme paso!... Nadie contestó y entonces el guerrero pudo seguir adelante. Y fué bajando por misteriosas escalinatas hasta que al fin llegó á una cueva donde se alzaba á las luces de *cazoletas* incendiadas, una grandísima pirámide... Por fuerza aquella pirámide ostentaba prodigiosas armaduras para *gerreros-águilas y caballeros-tigres*... ¡Oh! ¡qué maravillosas pieles amarillas y negras! ¡Oh! ¡qué plumajes de soberbias águilas!... Y había mezclado en medio de todo aquello entre pieles y plumas, *macanas* fortísimas y arcos con flechas... ¡Oh eran bellos armamentos fuertes y duros!

—¿Estás á mi lado, Marina? preguntó Cortés,

Si, señor, contestó ella... ¿dentro de los *chimalis* qué había? ¿Dentro de los mexicanos escudos?... ¿Qué os imagináis, imagináis que había dentro de los cascos de las cabezas de las águilas ó de los cráneos de *tigres*?...

¿Sabéis lo que había?...

La gloria que buscaba el conquistador.

¿Qué gloria era esta?...

¡Esta... Nada más esta!

—¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!... Al mirarlo Cortés no pudo contenerse. Quedó extasiado y como loco.

—¡A mí, vengan á mí!...<sup>\* \* \*</sup> ¡Amigos, venid á mí... aquí hay oro... venid á mí! ¡Aquí hay oro!... ¡Venid! ¡Venid amigos, venid!... ¡Venid!

—¡Llamaba con grandes gritos á sus compañeros. Con qué entusiasmo inmenso, con qué espantosa alegría extendía Cortés sus voces terribles... Sus ojos relampagueando codicia y ambición se deleitaban contemplando los montones de oro!... Era tanto que con él se podría hacer una capilla pequeña pero preciosísima.

Al instante el conquistador se precipitó sobre el montón de armaduras de águilas y tigres que encerraban dentro, oro y preciosidades, volviendo á gritar, ya sin poder contenerse, en el colmo del arrebató de su placer y hallazgo...

—¡Venid á mí! ¡Venid á mí!

Sin embargo... nadie le escuchaba, al parecer.

Profundo silencio reinó en torno de él... ¿Dónde estaban las figuras que parecían acompañarle?... Marina ya lo seguía. Tampoco el azteca. ¿Por qué se habían extinguido las voces tiernas ó terribles?... ¿Por qué callaba Marina?

¡Hernán Cortés se encontró solo!

Las misteriosas llamas que surgían de las cazoletas iluminando los montones de pieles de tigres y armaduras de águilas y grandes serpientes, las grandes pieles de lagartos que acorazaban en un tiempo á muchos guerreros, todas aquellas defensas y piguetas... *macanas*, lanzas, cuchillos, puñales, *mazas*, *hondas*, *chimalis*... todo un cúmulo de armas defensivas y ofensivas observa el conquistador con curiosidad y admiración. ¡Y qué hermosas y ricas eran aquellas armas magníficas!

¡Las armaduras de águila estaban cuajadas de ópalos, amatistas, esmeraldas y rubíes!... ¡Las pieles de tigre estaban bordadas con figuras de oro mate entresalpicado y de nácar, esmeraldas y ópalos finisimos de tonos azules... y en las garras las uñas estaban revestidas en casquillos de plata con puntas de diamante... ¡Cuánta riqueza había allí! ¡Oh las armaduras de águilas!... ¡Qué soberbias, qué hermosas, qué magníficas aquellas armaduras de águilas! Pero. ¿Y las pieles de tigres? ¡Ah! las armaduras de tigres rebosaban oro, plata, esmeraldas, ópalos, nácar y corales y bordaduras maravillosas... ¡Qué portento!... ¡Qué riqueza!

Pero lo que debajo de aquellas había amontonadas en forma de pirámide en la cueva de los tesoros del palacio de *Axayacatl* lo que debajo estaba era más portentoso y magnífico... estaba dentro de las pirámides mismas... ¡Oro, oro, oro!... Por todas partes había en montones.

¡Y debajo de aquel oro había también tesoros maravillosísimos, estupendos!

¡Era el espíritu de los genios del lago de *Tenochtitlan*!... e. en las tiras donde se habían inscrito los geroglíficos de las historias de las princesas de los genios antiguos protectores de las razas que fueron á vivir á la Isla Verde, debajo de cuyas rocas, se dilataban misteriosos palacios magníficos... (1)

Pero cuentan las leyendas que Hernán no comprendió lo que valía aquel tesoro, y solo se puso á acumular oro y más oro, piedras preciosas, ópalos y esmeraldas... Y arrancaba de las plumas y garras los casquillos de plata, y de las mantas ricas los hilos de fi.igrana, rellinando un grandioso *caparazon* de tigre con todas aquellas riquezas que os aseguro amiguito, hoy hubieran valido millones de pesos!...

Ya no gritaba el caudillo... La emoción le ataba la lengua. ¡Amontonaba, amontonaba, amontonaba oro!... Apartaba los arneses de guerra,

---

(1) Léanse los primeros cuentos de la primera serie.

rellenándolas de lentejuelas de oro, de plumillas con ópalos y esmeraldas... Oh! espléndido acaparamiento!... ¡Y Hernán Cortés continuaba amontonando avidamente... ¡oro, mucho oro!...

Las luces fatídicas y débiles se distinguían ya ¡era preciso concluir!... Cortés alzó su altanera frente... Nada vió... ¡Sombras!... ¡Tinieblas!... Y allí, entre las tinieblas, á los amarillos reflejos de las cazoletas de grasa, brillaba el oro de los trajes y el centelleo de las piedras preciosas...

—¡Mejor que ninguno me vea!—exclamó el capitán cargando con un enorme montón de pieles de tigre y caparazones de aguilas relleno todo de oro... ¡Apenas podía dar paso el caudillo!... Se sentía sofocado... ¡No... no podía marchar!

¡Sin embargo, así anduvo por la misteriosa cueva! ¡Jadeaba sudoroso!

Ya iba á subir las gradas de la escalera que se veía empotrada en la misma pared, cuando un noble y alto guerrero azteca de juvenil aspecto, pecho robusto y ancho, ojos brillantísimos, agilidad en el movimiento de todos sus miembros, se le apareció, inmóvil apoyado soberbiamente en una fortísima y gruesa *macana*...

¡Era «Cuahutemoczin»!

—¡Aquí me encuentras, caudillo de los hombres blancos!... ¡Soy Cuahutemoc y vengo á obsequiarte con lo que más deseas!...

—¡Hase, paso al capitán que representa al rey

más poderoso del mundo!— contestó Hernán, sin haber comprendido lo que le decía el joven príncipe «Cuahutemocztin».

Tampoco éste pudo comprender lo que le decía el caudillo español; pero adivinó que le quería cerrar la puerta é impedirle que sacara los tesoros del subterráneo, así fué que arrojando á su brazo izquierdo las pieles llenas de oro, esmeral-



das y ópalos, tomó la espada que tenía en sus rodillas y arremetió contra «Cuahutemocztin»... ¡Pero éste paró el golpe con su fuerte *macana*!...

¡Chocaron las dos armas! .. La tizona de acero de Hernán Cortés se estrellaba contra la *macana* durísima y *diabólica* del caudillo azteca!... Oíanse los estruendosos asaltos... Y en las tinieblas de la cueva veíanse las chispas del acero de Cortés y de la *macana* de «Cuahutemoc!»

— ¡Piedad, en el nombre del cielo!... ¡Deteneos!... ¡Piedad! así gritó sofocándose el anciano Fray Bartolomé de Olmedo... Hernán, Hernán, tu gente se pierde, la obra de conquista, de evangelio va á sucumbir... ¿Por qué batallan así dos guerreros que son amigos? Y al decir estas palabras el sacerdote había tomado con una mano la hoja de la espada de Cortés y con la otra la *macana* de «Cuahutemocztzin»... — ¿Qué pasa?... ¿Quién te ha dicho que estoy aquí?... ¿Cómo has podido venir hasta el subterráneo?...

— Ah! Cortés... ¡Cuando el espíritu vela por el amor de los que se descarrían en las batallas de la vida, nada se ignora... Deja esas riquezas, vuelve á la vaina el acero de tu espada... abraza á ese valiente príncipe que defiende los tesoros de sus padres..... y ven, porque hay noticias terribles...

Mientras estas palabras decía el fraile, Cuahutemoc, que era todo un caballero, había dejado de combatir... y escuchaba sombrío las palabras del anciano sacerdote, aunque sin comprenderlas... pero sí las adivinaba... ¡Por lo pronto era suyo el triunfo! Hernán no se llevaría los tesoros...

—¿Qué es lo que pasa? preguntó ansioso Cortés.

—¡Que tu gente se arremolina y va á batallar en el mismo patio de este palacio!... ¡Corre!... Corramos porque ya corre la sangre española!...

—¡Espérame, que pronto nos hemos de ver, campeón azteca; porque quiero que tu cuerpo sepa como se siente la punta de una espada española en un pecho azteca! No bien pronunció estas palabras cuando la Malinche las repitió en idioma *nahuact* ai caudillo *méxica*, y este solo contestó:

—*Tecuhtlí* del blanco rostro y de la barba de selva, pronto sabrás tú también como saben las flechas mexicanas!... Pero acuérdate que en este palacio habitaré mientras tú estés... ¡Sorprendistes los secretos de los tesoros del *Axayacatl*!... ¡Nunca podrán salir de nuestra patria... óyelo, óyelo bien! La Malinche tradujo estas palabras aztecas á Hernán, cuando este envainando su larga espada, y abandonando los tesoros, corría á ver que pasaba con sus valientes soldados... Cosa rara, Marina no le siguió.

—Ya ves, oh! amado señor, oh! *Tecuhtli-Aguila* de los soberbios y negros ojos-relámpagos!... Ya ves, Cuahutemoc, como vine á salvarte cuando ibas á perecer... ibas á perecer porque el capitán, mi amo, traía triple cota de malla, debajo de su coraza!... Yo prendí fuego al palacio para llamar la atención... y salvarte... ¡No dudes de mí!...—Gracias, hermosa *Malinche*; pero ¡ay de tí

si me traicionas!... No digas á nadie el secreto de esta cueva... ¡Salgamos para no volver nunca! Estos tesoros los voy á ocultar donde jamás en todos los siglos se pueda saber en donde es-



tán!... ¡Vete!... Aquella misma noche Cortés volvió á buscar los tesoros; ¡pero no encontró sino una pequeñísima parte!... ¿Dónde estaban las demas riquezas? ¡Nunca lo habia de saber!...

Y ninguno lo ha sabido hasta ahora, amigos míos!... ¡Misterio! .. ¡Misterio!